

Mario López Barrio, SJ

El sonreír de las estrellas

Una filosofía de la vida: *El Principito*



El sonreír de las estrellas. Una filosofía de la vida: El Principito /
Mario López Barrio, SJ. Torreón, Coahuila, México: Universidad
Iberoamericana Torreón, 2025.

1. Filosofía. 2. Espiritualidad.

BD 500 L66 2025

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN
Juan Luis Hernández Avendaño
Rector

Laura María del Pilar Macías Amozurrutia
Directora General Académica

Andrea Nallely Cárdenas Morante
Directora General del Medio Universitario

Edición: Mariana de los Ángeles Ramírez Estrada

Diseño editorial: Daniel González Zatarain

Ilustraciones: Villa del Faro

Fotografía de contraportada: Juan Manuel Rodríguez Mendoza

El sonreír de las estrellas. Una filosofía de la vida: El Principito
Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, AC (Universidad Ibe-
roamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255, Ejido La Unión, 27420
Torreón, Coahuila

Segunda edición, Torreón, abril de 2026

©Mario López Barrio

Impreso en México

ALLÁ EN EL FIRMAMENTO, EN UNA ESTRELLA LEJANA,
VIVE UNA FLOR...

PRESENTACIÓN¹

Para escribir las páginas que aquí presento tuve que vencer la resistencia que sentía ante las sugerencias, que al mismo tiempo eran peticiones de mis estudiantes y amigos: “Escribe algo sobre el tema”, me repetían, durante el curso que organizamos sobre este libro. “No —respondía—, no es mi campo. No me siento competente”.

Ciertamente no me sentía capaz. ¿Escribir sobre una temática de este estilo filosófico-literario? Sinceramente, no creí tener mucho qué aportar. Finalmente, accedí. Y he aquí lo que logré escribir.

Para una mente matemática, acostumbrada a la precisión de la ciencia, entrar en el mundo metafórico, simbólico y poético es atravesar por la puerta de lo desconocido, como pisar un terreno pantanoso, inseguro. Y todavía más si se trata de un escrito que aparenta ser un cuento para niños.

¿Cuál es el sentido de un texto así? Parece simplemente un entretenimiento o una pérdida de tiempo para una “persona seria” que se ocupa de asuntos verdaderamente importantes. Pero *El*

¹ Para la comprensión del presente trabajo se supone haber realizado la lectura de *El Principito*.

Principito no es un libro dirigido a una inteligencia especulativa. Es sencillamente un espejo donde se refleja el espíritu humano. Encontramos verdades que no siempre queremos ver, pero que nos conviene recordar. Los personajes son “arquetipos” —modelos o antimodelos— que nos confrontan y ayudan a comprender nuestra realidad. Los baobabs, por ejemplo, representan las adicciones, las ideologías, los rencores y todo aquello que, si se deja sin atender, nos va devorando, hasta acabar-nos. En ese sentido *El Principito* es un aliento en la tarea de hacernos más humanos.

Sin ser una producción del Oriente esta obra pudiera causar ese efecto: sentir que se abren las páginas de un cuento infantil, con un “toque oriental”. Y, sin embargo, pocos libros han tenido una difusión tan amplia en el mundo Occidental. Si ha sido traducido a muchísimas lenguas y leído por personas de tantos países, por algo será. Es un ejemplo de literatura y de especial densidad en valores humanos y, por eso, de interés para nosotros, ya que, como escribió Terencio² “Nada que sea humano es ajeno a mí”.

Para los occidentales, acostumbrados a la precisión científica, el mundo del Oriente, con sus aspectos que nos pueden parecer como “de fantasía”, por sus colores, metáforas, símbolos, expresiones de sueños y poesía, puede sonar como algo distante. No obstante, una buena parte de la humanidad

² Dramaturgo de la República romana, 184 a.C.

pertenece a ese universo. La poesía, como expresión de contemplación, tanto de lo visible como de lo invisible, continúa siendo una tarea pendiente en cuanto a la formación permanente de nosotros, los occidentales.

Una vez le preguntaron al Papa Francisco qué podíamos aprender del Oriente occidentales, y dijo: “Un poco de poesía”. A la misma pregunta, el padre Adolfo Nicolás, penúltimo general de los jesuitas, que había pasado su vida en Oriente, respondió sin titubear: “Dos lecciones: el silencio y la *gentleness*”.

Lo que pretendo aquí es ofrecer un ejemplo de cómo, en la Literatura, podemos encontrar el lenguaje universal que trata de los valores comunes a todos los humanos. No importa cuál sea el credo religioso —si es que se tiene alguno—, todos vibramos ante la honestidad, la justicia, la libertad, la amistad y el cuidado de la casa común.

Desde esta plataforma que compartimos es posible realizar un diálogo abierto y universal. Y si se trata de la educación, por ejemplo, o de la consolidación de una comunidad humana que lucha por sus derechos, es fundamental tener un lenguaje común.

Se ha acusado a los cristianos de conservar un vocabulario anticuado, obsoleto, en la expresión de la fe; un lenguaje que ya no le comunica a la generación actual, porque se quedó anclado en fórmulas de otra época, así que ya no impresiona ni atrae a nadie.

¿Cómo hablar de Dios en un mundo secularizado como el nuestro? Lo que antes parecía una barrera hoy se ha convertido en un abismo respecto de la comunicación entre la comunidad cristiana y el hombre contemporáneo. Hemos quedado separados, y en cuanto a los temas de fe con frecuencia encontramos en personas no creyentes actitudes de desinterés o sencillamente de lejanía y de falta de comunicación sincera, y aun de rechazo.

En la conciencia de muchos contemporáneos Dios se va desdibujando, su presencia se ha hecho difusa, hasta casi desaparecer por completo. Por eso, nos urge encontrar un lenguaje común, que hallamos precisamente en la Literatura, actualmente considerada por algunos la nueva teología para el hombre contemporáneo. *El Principito* es un magnífico ejemplo de ello.

Los temas que aquí iré presentando están inspirados o sugeridos por esa obra. Obviamente, pueden completarse y enriquecerse con otros asuntos, pero he preferido ceñirme a lo que Saint-Exupéry sugiere en su relato. En el fondo de las reflexiones contenidas —y a veces simplemente insinuadas— en el libro queda flotando la pregunta por el hombre y su misterio, en espera de una respuesta. El ser humano sigue interrogándose, sintiendo la incertidumbre de su destino, la incógnita sobre el sitio que ocupa en el mundo y acerca de su verdadera vocación.

Abrir las páginas de *El Principito*, que ha cautivado a tantos lectores, nos hace sentir que estamos

ante una obra literaria especial, de las más difundidas en los últimos años. Muy leída, pero quizá no tanto reflexionada, a pesar del grato recuerdo que nos dejó su lectura.

Mi intento ahora es compartir algunas anotaciones que puedan ayudarnos a reflexionar en torno a nuestra propia filosofía de la vida: cuáles son los principios y criterios que orientan nuestras decisiones, siempre con el objetivo de poder mejorar nuestra tarea de lograr un mundo más humano.

A nuestra propia reflexión trataré de añadir alguna iluminación desde la antropología bíblica, como un complemento que podemos encontrar en el tesoro de nuestra fe. Por ejemplo, la expresión del salmista, llena de admiración, a propósito de la contemplación del universo: “Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el hijo de Adán, para que de él cuides?”.³ Lo que pretendo es iluminar los valores humanos, con una visión trascendente de la vida, como creyentes que somos.

³ Sal 8,4-5. Las citas bíblicas de este trabajo están tomadas de la *Biblia de Jerusalén*. Nueva edición. Desclée de Brower, Bilbao, 2019.

El autor

Una personalidad de gran actualidad, Antoine de Saint-Exupéry, piloto aviador, tiene mucho que decirnos a los humanos de hoy. Exalumno de los jesuitas, más que como piloto, es recordado por el legado de humanismo que nos dejó en sus escritos. La más conocida de sus obras es *El Principito*, sin duda, pero escribió también, entre otros, *Tierra de hombres*, *Vuelo nocturno*, *Carta a un rehén* y *Ciudadela*.

En sus textos descubrimos que la aviación no fue para él sólo un medio de vida —una vida, por cierto, rica en aventuras y peligros—, sino un instrumento para descubrir al hombre y su universo. Como se puede advertir en sus obras, hay en él una sed, un anhelo constante de lo absoluto. Al respecto Enzo Romeo opina:

[...] es el intérprete de las inquietudes de hoy, de nuestro nomadismo espiritual y de aquella belleza inalcanzable de la que el hombre moderno nota una profunda melancolía. Un explorador de lo absoluto, de Dios, difícilmente clasificable...⁴ “Las montañas, los temporales, la arena, éstos son mis dioses familiares”, escribe en una de sus cartas.⁵

⁴ “El ‘Novísimo Testamento’ de Saint-Exupéry”. En: *El Principito comentado con la Biblia*. Buena Prensa. México, 2016, CCXIV.

⁵ “Cartas a Nelly de Vogüé (Orano, 1937)”. En: Webster. *Saint-Exupéry, vida y muerte del principito*. Édition

En sus vuelos nocturnos, cuando desaparecían las superficies terrestres, apreciaba más las luces de las estrellas, las únicas visibles. En esos momentos las preocupaciones que habían parecido tener importancia se desvanecían poco a poco, y se borraban los enojos, los celos, los sentimientos y deseos desordenados. Iban apareciendo los pensamientos profundos y se creaba una “atmósfera” interior de paz y claridad.

En las páginas de sus escritos aflora el deseo de apartarse de la banalidad cotidiana y proyectarse a un mundo diferente, tal vez como el planeta de donde había venido aquel niño amigo. Por eso se sentía atraído por el mundo de los monjes, con su canto gregoriano y su silencio. “Un hombre fascinado por el silencio, que pacifica y supera todos los conflictos del lenguaje y que representa ‘el alcance infinito del Dios sin rostro y sin voz, el Dios sonrisa’”.⁶

En un momento particular de su vida, Saint-Exupéry escribió una oración, de la que cito algunas de sus palabras, pues ayudan a conocer más a nuestro autor:

No pido milagros y visiones, Señor, pido la fuerza para la vida diaria. Enséñame el arte de los pequeños pa-

du Felin, París, 2000, p. 192.

⁶ Michel Quesnel y Michel Autrand. “Prefacio general”. En: *Obras completas de A. Saint-Exupéry*, vol. I, p. I.I.

sos... Ayúdame a hacer cada cosa de mi presente lo mejor posible, y a reconocer que esta hora es la más importante. Guárdame de la ingenua creencia de que en la vida todo debe salir bien. Otórgame la lucidez de reconocer que las dificultades, las derrotas y los fracasos son oportunidades en la vida para crecer y madurar. Envíame en el momento justo a alguien que tenga el valor de decirme la verdad con amor. Haz de mí un ser humano que se sienta unido a los que sufren. Permíteme entregarles en el momento preciso un instante de bondad, con o sin palabras. No me des lo que yo pido, sino lo que necesito. En tus manos me entrego. ¡Enséñame el arte de los primeros pasos!

En cada página de su fábula aparece algo misterioso, sin llamar la atención, de un modo discreto, pero constante, a veces simplemente con una frase. Por ejemplo: “Cuando uno está muy triste, le gusta ver las puestas de sol”. Una alusión al influjo sanante de la naturaleza sobre el espíritu humano.

Y podríamos añadir: no sólo las puestas de sol, sino los amaneceres, las noches estrelladas, los espectáculos de los bosques, los lagos, las montañas. Su última invitación es a detenerse, aunque sea por un instante, bajo las estrellas en el desierto, para esperar un posible nuevo encuentro con ese niño que bajó de algún planeta desconocido.

Ya Dostoievski había dicho que sólo uno de corazón puro podría comprender la verdad de que es necesario sacrificar la propia vida para permanecer fiel al amor del que se es responsable (en su

obra *El idiota* coincide en este punto con *El Principito*). El piloto está seguro de que su amigo “regresó a su planeta, porque al amanecer no encontró su cuerpo”.

Una vida llena de aventuras, que se interrumpió a los cuarenta y cuatro años, al terminar una misión de reconocimiento sobre el cielo de Francia. Se había enrolado en la aviación francesa en tiempo de la Segunda Guerra Mundial. Su avión fue abatido el 31 de julio de 1944 por un caza alemán y cayó al mar. Él nunca fue encontrado. Había escrito *El Principito* en abril de 1943, en Nueva York.

Descubrimos en Antoine a un poeta de la Tierra, nuestro planeta. Aprendió a leer en los desiertos, no sólo un espacio de soledad, vacío y peligro, sino un llamado a la contemplación. Quien se aventura por el camino de la contemplación va adquiriendo la capacidad de ver lo invisible oculto en lo visible. Y recordamos la famosa frase, atribuida a Frank L. Gaines: “Sólo el que ve lo invisible es capaz de realizar lo imposible”.

“Ver lo invisible”, por ejemplo, es ver al cordeiro, en la caja de cartón. Podríamos traducir la frase de “ver lo invisible” como vivir la experiencia del Espíritu, que es lo que verdaderamente nos fortalece para entrentar la lucha de la vida. En el diálogo entre los dos, el aviador y el Principito, casi al final, el niño dice: “Lo más importante nunca se ve”. Porque para expresar lo esencial, las formas son innecesarias. Lo más valioso no es siempre lo

que mostramos, sino lo que llevamos en lo profundo del corazón.

En nuestra aventura de acompañar al piloto iremos descubriendo que la Tierra es un libro abierto. Requerimos una mirada nueva para descifrarlo. Una experiencia espiritual honda —por ejemplo, la de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio— nos limpia la mirada, y al final, se recibe la gracia de una forma nueva de ver la realidad —ojos nuevos— y somos llevados a descubrir la presencia del Creador en todas sus creaturas, como canta el salmista:

¡Cuán numerosas son tus obras, Señor!
Todas las has hecho con sabiduría,
De tus creaturas está llena la tierra.⁷

En la presentación de su libro *Tierra de hombres* se dice sobre el autor:

Escribe con la nostalgia de una infancia feliz y perdida, escribe para evocar el difícil aprendizaje del oficio de aviador, homenajear a los compañeros Mermoz y Guillaumet, mostrar la Tierra a vista de pájaro, revivir el accidente sufrido junto a Prévot o revelar los secretos del desierto.

⁷ Sal 104,24.

Pero lo que de verdad quiere decirnos es que vivir es aventurarse a buscar el misterio escondido tras la superficie de las cosas, la posibilidad de encontrar la verdad dentro de uno mismo y la urgencia de aprender a amar, la única manera de sobrevivir a este universo deshumanizado.

Y desde luego, el regocijo de encontrar el pozo oculto bajo las arenas del desierto. La vida donde sólo había desolación y muerte.



El hombre, enfrentado a su misterio



Muchos intentos se han hecho, a través de los siglos, de definir al hombre. Enfrentados al misterio humano, los filósofos se han preguntado, una y otra vez, quiénes somos. Se ha hablado del misterio del hombre, del enigma humano, y se aventuran definiciones y explicaciones sin fin. Y continuamos reflexionando sobre nuestra propia realidad.

A estos esfuerzos sumamos el nuestro, en el intento común y universal de aclarar nuestro misterio como seres humanos: quiénes somos, cuál es nuestra misión en este mundo. Somos conscientes de esa sed que continúa espoleando al corazón humano, que sigue buscando motivos para vivir y luchar, como expresaban los jóvenes que recibieron a Juan Pablo II en Lyon, en 1986. Su pancarta decía: “No nos traigas prohibiciones, sino razones para vivir”.

Esto mismo confirma el Concilio Vaticano II: “Siempre deseará el hombre saber, al menos confusamente, el sentido de su vida, de su acción y de su muerte”,⁸ que tendrá que buscar y encontrar personalmente, según escribe el poeta:

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen Dios.⁹

Papini decía que, en toda búsqueda de belleza, verdad, amor y paz, en último término el hombre busca a Dios. Y el Papa Francisco, en su visita a Ulán Bator, capital de Mongolia, pronunció unas palabras inspiradas: “Todos nosotros somos ‘nómadas de Dios’, peregrinos en búsqueda de la felicidad, caminantes sedientos de amor”.¹⁰

⁸ Concilio Vaticano II. Constitución *Gaudium et Spes* (GetS) sobre la Iglesia en el mundo moderno, n. 41.

⁹ León Felipe (1884-1968), “Nadie fue ayer”.

¹⁰ Homilía en la misa del domingo 3 de septiembre de 2013.

Para progresar en este conocimiento de nuestro propio misterio necesitamos una mirada nueva. Tenemos que despojarnos de los rasgos de “personas mayores” (las que se consideran sabedoras de todo, con cierta actitud de arrogancia), que contaminan nuestra visión, y acaban por oscurecer y debilitar nuestra misma personalidad. Así sucedía a Nicodemo, experto de la Ley, que no era capaz de entender lo que decía Jesús: “¿Cómo puede uno nacer, siendo ya viejo?”.¹¹ Lo mismo sucedía a los judíos, escandalizados ante las palabras de Jesús acerca del pan de vida: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”.¹²

Para leer y comprender el Misterio, precisamos la humildad de aceptar que no lo sabemos todo, y que nos hace falta una manera nueva de ver. No basta la mirada de las “personas mayores”, que resulta miope frente a una realidad compleja, como es la humana.

Requerimos los ojos simples del niño, que nos ayuden a avanzar en la comprensión de nuestra vida y misión; la capacidad de “sintonizar” con lo profundo de nosotros mismos. Tenemos que aprender a conocer con el corazón. Y oímos las palabras de Jesús: “Si no cambian y se hacen como los niños, no entrarán en el Reino de los Cielos”,¹³ que representan un llamado hacia un estilo de vida transparente y sencillo.

¹¹ Jn 5,2.

¹² Jn 6,52.

¹³ Mt 18,3.

Nos ha ganado la pretensión de ser “hombres serios”, conocidos por su ciencia, pero también por su corazón pobre, pues hemos suprimido el afecto y nos hemos quedado sin el respiro de la alegría. Nuestro ser humano reclama un lugar para la imaginación, el sentimiento y la poesía. Necesita adquirir ojos limpios y transparentes, capaces de ver al cordero, recuerdo de la infancia, que duerme en su caja de cartón, símbolo de lo invisible.

Y para eso tendríamos que decidirnos a “volar sobre la tierra”, a aceptar la aventura y el riesgo. A aceptar el reto de cruzar el desierto y aprender el extraordinario hábito de levantar nuestra mirada y contemplar las estrellas, tratando de descifrar su mensaje. ¿Cómo descubriremos nuestro propio misterio, si permanecemos encerrados en la supuesta seguridad de nuestra “área de confort”, sin ver más allá de nuestras cuatro paredes?

A este esfuerzo por dilucidar el misterio del ser humano se han sumado muchas voces. Por ejemplo, el jesuita filósofo austriaco Emerich Coreth, que en su libro *Metafísica*¹⁴ escribió: “el hombre es un ser que pregunta”. Su itinerario de progreso es precisamente preguntar de manera indefinida. Somos seres sedientos de verdad. Después de obtener la respuesta a una pregunta, en una dinámica continua, de inmediato surge otra, y así sucesivamente.

¹⁴ Innsbruck, Tirolia, 1961.

En el mismo horizonte, años antes, Víctor Frankl, famoso psicólogo, sobreviviente de los campos de concentración nazis, había escrito su famosa obra *El hombre en busca de sentido*. En otro de sus libros el mismo autor afirma: “Los que demostraron mayor capacidad para sobrevivir (en Dachau y Auschwitz), incluso en aquellas situaciones límite, fueron los que estaban orientados hacia un futuro, hacia una tarea que les esperaba, hacia un sentido que querían cumplir”.¹⁵ Otro sobreviviente confesaba que lo que los hacía luchar por conservarse vivos era una lucecita: poder contar al mundo lo que habían vivido, para evitar que ese infierno volviera a repetirse.

Más autores contribuyeron con su obra, como Hannah Arendt (*La condición humana*), Jerome Murphy O'Connor (*Becoming human together*), Xavier Scheifler Amézaga, SJ (*En busca del sentido de la vida*), Sygmund Bauman (*La modernidad líquida*)...

En cierto modo, la imagen del aviador que emprende su vuelo es una invitación para todos a vivir la audacia de elevarnos sobre la Tierra, a desprendernos, aunque sea temporalmente, con la contemplación, de los asuntos rutinarios de cada día, y correr el riesgo y la aventura que la vida nos propone de tantas formas, para encontrar nuestro lugar y descubrir nuestra misión.

Para Saint-Exupéry el crimen de la época moderna pudiera definirse como la erosión de la vida

¹⁵ *Ante el vacío existencial*. Herder, Barcelona, 1994.

espiritual en el hombre, hasta el grado de llegar a suprimirla por completo. Es decir, cancelar la posibilidad de elevarse y ver la realidad con ojos nuevos, la imposibilidad de “ver las estrellas” y, por tanto, privarse del regalo de su mensaje.

Se dice que el hombre moderno ha perdido la capacidad de la contemplación y se ha dejado contagiar por la “cultura de la superficialidad”. Le ha ganado la prisa, la atención a lo inmediato y la urgencia del momento presente, elementos que le absorben la atención, el interés, el buen humor y la energía.

Así como no podemos despreciar los grandes avances científicos y tecnológicos actuales, tampoco podemos dejar de ver el daño que se está causando en el desarrollo de la vida intelectual y social cuando no se saben usar inteligentemente los medios digitales.

El Concilio Vaticano II, considerando lo difícil que es responder a la pregunta por la identidad del ser humano, llegó a afirmar que el misterio del hombre sólo puede iluminarse desde el Verbo Encarnado.¹⁶

En las páginas de la Sagrada Escritura encontramos una muy rica visión del ser humano. En un intento de síntesis, podemos decir que para la Biblia el hombre es una creatura, la más perfecta en el conjunto de la creación, hecha a imagen de Dios, por su capacidad de amar y de relacionarse con

¹⁶ Concilio Vaticano II, “Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno, *Gaudium et Spes*”, n. 22.

Dios, con la vocación de vivir como hijo de Dios y hermano de los demás seres humanos, a los que está llamado a servir y con los que debe cuidar la casa común.

Saint-Exupéry se sitúa en el terreno de lo humano, y en sus escritos —particularmente en *El Principito*— nos ofrece una inspiración precisamente en nuestro itinerario, muchas veces fatigoso, de hacernos más humanos, en el descubrimiento de la riqueza del encuentro, del diálogo y de la comunión interpersonal. Pero el proceso de humanizarnos nunca ha sido fácil. Debemos recorrer muchos caminos antes de lograrlo, como recuerda el verso de la canción: “¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre, / antes de que puedas llamarlo hombre?”.¹⁷

¹⁷ “Blowing in the wind”: How many roads must a man walk down, / before you may call him a man?

Origen del libro

El autor presenta su obra de un modo personal: “He vivido así, solo, sin nadie con quien poder hablar verdaderamente, hasta que hace seis años tuve una aventura en el desierto de Sahara”. Impactado por la sorpresa, busca palabras para describir su encuentro con el Principito, que lo despertó con su extraña petición: “¡Píntame un cordero!”.

Confiesa haberse sentido ante un misterio de tal fuerza que no pudo resistirse. Y escribe una de sus frases enigmáticas: “Cuando un misterio es demasiado impresionante, es imposible desobedecer”. Y confiesa también:

Experimento una pena muy honda al reunir estos recuerdos. Hace ya seis años que mi amigo se fue con su cordero y si trato aquí de describirlo es sólo con el fin de no olvidarlo. Es muy triste olvidar a un amigo. Tener un amigo no es cosa de la que puede ufanarse todo el mundo.

Así tenemos un punto de partida doble: la experiencia de un misterio y el recuerdo de un amigo.

La amistad es un tema que subyace a lo largo del libro, sin que se le mencione explícitamente, sólo al principio y al final (con la excepción del párrafo dedicado al personaje descrito como el farolero). La experiencia de la amistad es una luz que inspira alegría y sentido para vivir, como se deduce de las palabras de Helen Keller: “Al principio no era yo

más que una pequeña masa de posibilidades. Fue mi maestra quien las desarrolló. Al entrar a formar parte de mi vida la llenó de amor y de alegría, y le dio un hondo sentido”.¹⁸

¹⁸ *Historia de mi vida*. Editores Asociados, México, 1973.

ENCUENTROS

En las diferentes “escalas” de su itinerario, el Principito va encontrando personajes muy variados, que muestran algún aspecto que invita a la reflexión: ¿qué podemos aprender de ellos, en términos de humanización? ¿Nos inspiran algún valor o, por el contrario, provocan en nosotros el rechazo? Y va narrando esos encuentros:

El rey



Es el ejemplo del hombre cegado por el poder, que no ve más allá de la propia ambición. Lo demás no importa. Pero es un poder vacío, sin sentido. Para este rey todos los hombres son súbditos y todo se arregla con su mandato: “Te ordeno que...”. Incluso piensa que gobierna sobre las estrellas.

Sin embargo, en medio de su situación ingenua y fantasiosa, tiene un principio sensato: “Sólo hay que pedir a cada uno lo que cada uno puede dar”,

el cual falla con mucha frecuencia en los que de-
tentan el poder, pues o exigen demasiado o ni si-
quiera lo que es razonable y posible realizar.

Dado que el Principito quiere irse de su plane-
ta, el rey decide nombrarlo ministro de justicia. Y
como no tiene a quién juzgar, el monarca le dice:
“Te juzgarás a ti mismo. Es lo más difícil. Es mu-
cho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los
demás. Si consigues juzgarte rectamente, serás un
verdadero sabio”.

Ciertamente confesamos como una debilidad
muy presente en nuestra vida ordinaria juzgar a
los demás, y descubrimos diferentes razones: ce-
los, rivalidad o deseo de sobresalir y ser valorado.
Y nos sale al paso el texto de Mateo:¹⁹

No juzguen y no serán juzgados. Porque con la medida
con que juzguen serán juzgados, y serán medidos con
la medida con que midan. ¿Cómo eres capaz de mirar
la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no repa-
ras en la viga que hay en tu ojo? ¿O cómo vas a decir
a tu hermano: “deja que te saque la brizna del ojo”,
teniendo la viga en el tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero
la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la
brizna del ojo de tu hermano.

La mención de la sabiduría (la virtud del que se
juzga bien a sí mismo), nos lleva a pensar en la sa-
biduría bíblica, que es el arte de saber vivir según

¹⁹ Mt 7,1-5.

Dios. Y nos recuerda la oración para pedir la sabiduría: “Dame la Sabiduría que se sienta junto a tu trono...”,²⁰ así como la otra oración de Salomón, el rey sabio, tan atinada que agradó a Dios: no le pidió riquezas, ni una vida larga, ni la vida de sus enemigos, sino que le concediera “un corazón que escuche” (que los biblistas traducen como “un corazón sabio”), para saber gobernar a su pueblo.²¹

Pero no se trata nada más de una sabiduría como arte de gobierno, sino de la capacidad de orientar nuestros pasos en la vida ordinaria, de saber juzgar y valorar nuestras acciones y decisiones, desde el juicio sencillo ante las situaciones que se nos presentan, con realismo y humildad, evitando exagerar la dimensión de las dificultades, y en todo caso, viéndolas con optimismo y con la esperanza de superarlas, como distingue la sabiduría popular: “El necio hace de una mosca un águila” y “El sabio hace un hormiguero de una montaña”.²²

²⁰ Sap 9,4.

²¹ 1Re 3,9.

²² “The fool makes an eagle of a fly” y “The wise man makes an anthill of a mountain”.

El vanidoso



Representa a las personas que únicamente se ven a sí mismas, desde luego, con una visión tergiversada por su ego, que clama admiración. Una enfermedad de ceguera, que puede ser grave. Estas personas pueden pasar mucho tiempo junto a otras sin ser conscientes de cómo se encuentran ellas. Es el fenómeno de la insensibilidad ante situaciones humanas diversas a la propia, pero ante las cuales no se experimenta interés ni responsabilidad alguna.

Ha sido el caso del ateísmo en América Latina, que llamó la atención a la jerarquía de la Iglesia en el postconcilio. Se preguntaba por qué tantos grupos humanos abandonaban la fe, sin una razón aparente. Hasta que se descubrió la causa (por lo

menos una explicación satisfactoria): el escándalo que se causaba de parte de no pocos católicos latinoamericanos de buena posición social y económica, inconscientes del sufrimiento que familias enteras padecían, por el hambre y la pobreza extrema, sin mover un dedo en su ayuda, satisfechos con el cumplimiento de sus prácticas religiosas, desinteresadas y ajenas al sufrimiento de la multitud hambrienta y enferma.

Ese escándalo provocó el desencanto de muchos hombres y mujeres que se admiraban: “¿Esta es la manera de actuar de los que se dicen ‘católicos’?”. Y fueron abandonando la fe.

De nuevo, el evangelio de Mateo nos alerta ante las consecuencias de esta falta de sensibilidad, de la cual seremos juzgados: “Vengan, benditos de mi Padre...”. O lo contrario: “Apártense de mí, malditos...”.²³ Todo dependerá, en nuestra suerte futura y definitiva, de si tuvimos entrañas de misericordia ante “el más pequeño” de los hermanos sufrientes. Será demasiado tarde, si no llegamos a descubrir al mismo Jesús que sufre en el hermano pobre y abandonado. Si nos descuidamos, pudiera sucedernos lo que a los impíos del libro de la Sabiduría que, al final de su vida, confesaban dramáticamente: “Por tanto, equivocamos el camino de la verdad”.²⁴ Demasiado tarde.

²³ Mt 25,31ss.

²⁴ Sab 5,6.

El bebedor



“Bebo para olvidar que siento vergüenza”, confiesa. El sinsentido de muchas vidas que se desgastan inútilmente. No sirven a nadie, ni a sí mismos ni a los demás. ¿Cómo llegaron a esta situación? Puede tratarse de adictos. En todo caso, de una vida superficial. En su origen son detectables diversas causas: abandono de los padres, falta de cariño y atención, educación superficial carente de verdaderos valores e influjos sociales perniciosos.

Hoy podríamos encontrar muchísimos casos de hombres y mujeres dentro de esta categoría. Por desgracia, como sabemos, es una de las adicciones que causan más daño a la humanidad. Y convivimos —o hemos convivido— de cerca con personas de este tipo. Obviamente representan para nosotros una tarea, en especial dentro del campo de la educación, en lo relacionado con la prevención a tiempo de lo que pudiera conducir a este tipo de comportamientos.

El hombre de negocios



El caso de las personas obsesionadas por el trabajo, al grado de ir olvidando gradualmente las otras dimensiones de la vida humana ordinaria, como la convivencia familiar, la vida social, el descanso. De tal manera se van enajenando, que su descuido los lleva a dañar tanto su propia salud como las relaciones humanas, sobre todo en su propia familia.

Se pierden de vista las dimensiones de la vida, y se concentra todo el esfuerzo en acumular más y más bienes, que muchas veces ni siquiera podrán disfrutarse después. Y se llega a la admisión de todo tipo de “arreglos” con tal de adquirir, sin importar los medios, más y más propiedades, hasta rayar en el ridículo (presentado en el texto como “ser propietario de las estrellas”) o inclusive en admitir verdaderas transacciones criminales.

“Tú no eres nada útil para las estrellas”, lo acusa el Principito, donde parece atribuir un significado especial a las estrellas. ¿Por qué tendría que

ser útil precisamente para las estrellas? Está revelando que les concede un lugar especial en su universo.

¡Cuántas personas hay que apuestan todo a una vida productiva de bienes materiales! Y cuando menos lo piensan, son llamados a cuentas, como el caso que narra san Lucas: al hombre rico que se ocupaba de acumular cosechas le dijo Dios: “¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?”.²⁵ Y el episodio del hombre que quiso seguir a Jesús, pero sin dejar sus bienes, y cuando Él lo invitó, con la exigencia de renunciar previamente a ellos, prefirió retirarse: “Pero él, al oír estas palabras, se entristeció y se marchó apenado, porque tenía muchos bienes”.²⁶

²⁵ Lc 20,32.

²⁶ Mt 10,17-31.

El farolero



¿Tenía sentido el trabajo del farolero?

Aparentemente no. Parece la ejecución de una rutina sin propósito, pese a ello el Principito lo piensa, y dice:

Cuando enciende su farol es igual que si hiciera nacer una estrella o una flor, y cuando lo apaga, es como si durmiera la flor o apagara la estrella. Es una ocupación muy bonita, y por ser bonita, es verdaderamente útil.

Señala una verdad que tenemos poco en cuenta: la utilidad de la belleza. Una observación de quien encuentra algo útil por el simple hecho de tratarse de una “ocupación bonita”. La afirmación del Principito “por ser bonita es útil” es una observación que va a lo profundo de las cosas y trascien-

de el utilitarismo rutinario, que valora sólo lo que produce en el terreno de la utilidad práctica.

Desde luego que se trata de una “utilidad” diferente, referida a los valores humanos de mayor profundidad. Por ejemplo, la educación, ¿quién puede decir que no es útil? Y la vida oculta de Jesús, ¿fue algo “útil”? A los ojos del utilitarismo del mundo, no. Se ve como algo inútil, tiempo perdido. Y habrá algunos elementos cuya utilidad no sea notoria, de momento, con claridad. Por ejemplo, se quedó pendiente, esperando una respuesta, la pregunta del Principito: “¿para qué sirven las espinas?”.

Esa es la relación de la estética con lo que sería “de utilidad”. Nos lleva a pensar en los bienes espirituales, por ejemplo, los que se siguen de la belleza plasmada por Dios mismo en su creación (el “cosmos”: conjunto de todo lo que existe, colocado en el universo de una manera ordenada y armónica), en la paz interior ante la contemplación de un amanecer/atardecer/noche estrellada, o por el artista en su obra (escultura, pintura o composición musical) y por el gozo interior que esta produce, y por tanto, por su contribución a promover los bienes del espíritu.

Recordamos la visita de un grupo de turistas a un famoso monasterio que albergaba una sala de gran valor, por su historia y riqueza artística. Cuando el guía, experto en arquitectura e historia del arte, explicaba los elementos de aquella sala, una mujer del grupo interrumpió: “Y esto, ¿para

qué sirve?”. Ante la inoportunidad de la pregunta, que además reflejaba una triste y vergonzosa ignorancia, el guía guardó silencio, y luego respondió: “¡Para nada!”. Era inútil decir más.

¿No había dicho el Principito: “Cuando uno está triste le gusta ver la puesta de sol”?, señalando el influjo positivo del mundo natural y su belleza en el espíritu humano; el efecto sanante de los fenómenos naturales, no sólo de las puestas de sol, sino del amanecer, de las noches estrelladas, la contemplación de los bosques, las montañas, los lagos, y tantas maravillas.

Desde luego que necesitamos el silencio y la atención para escuchar las voces de la naturaleza, que nos llegan desde las diferentes creaturas. Los que viven cerca de la naturaleza y atentos a ella saben leer su mensaje, inclusive son capaces de predecir los cambios climáticos, si habrá tormenta o tiempo en calma, ya sean agricultores o marinos. Ellos tienen dichos que expresan la sabiduría popular, como: “Cielo rojo en la noche, delicia de los marineros” y “Cielo rojo en la mañana, alerta a los marineros”.²⁷

La literatura es una mina sobre este tema de la naturaleza en su influjo sobre el espíritu humano. Así reza el himno italiano de la Liturgia de las horas: “La aurora inunda el cielo de una fiesta de luz y reviste la tierra de maravillas nuevas”. Por eso,

²⁷ “Red sky at night, sailors delight” y “Red sky in the morning, sailors warning”.

escribe el autor sagrado: “Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien”.²⁸ Para ser humanos, necesitamos cultivar las “áreas verdes” en nuestro ritmo de vida (dar lugar a los espacios de verdadero descanso, físico y espiritual), para conservar la salud y el buen humor: el silencio, la lectura, la música, la contemplación, el contacto con la naturaleza.

Después, el Principito hace una valoración digna de atención: “Es el único del que yo hubiera podido ser amigo”. La amistad tiene sus condiciones, exigencias y fundamento. No podemos ser amigos de cualquiera. Y el farolero “calificaba” para ser amigo.

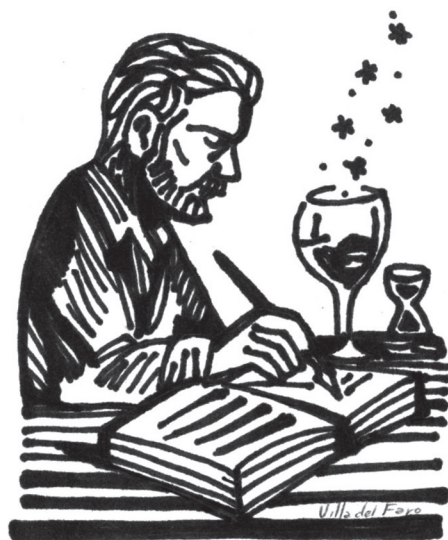
Exceptuando el ejemplo del farolero, el relato parece concluir que los que se ocupan de sí mismos, es decir, los personajes con esta tendencia, acaban en el ridículo y en camino a su destrucción. El amor a sí mismo, de por sí, no estaría mal (el amor bien ordenado comienza por uno mismo), pero si es excesivo acaba por degenerar en egoísmo, y de ahí se siguen las desviaciones.

El amor, si es auténtico, nos ayuda a centrarnos, a equilibrarnos: “El que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa mía, la hallará”.²⁹ Ya el libro de la Imitación de Cristo decía: “El que se busca a sí mismo se encontrará, pero para su propio daño”.

²⁸ Gén 1,31.

²⁹ Mt 16,25-26.

El escritor



En el diálogo con este personaje aparece la palabra “efímero”, y es referida a una flor que resulta ordinaria, y siendo efímera, está amenazada de una próxima desaparición. Y como las flores, nosotros mismos: nuestra vida en esta tierra tiene un límite. Participamos de lo pasajero de las creaturas.

La Literatura ofrece muchos ejemplos sobre el tema del final de la vida, en especial en lo que puede tener de decepción o tristeza al sentir en carne viva un fin inesperado, como la muerte de un ser querido, o sencillamente un fin sorpresivo, como fue la muerte de la reina para Francisco de Borja, para quien lo máximo era servir a la monarca. Era como el ideal de su vida, por eso la noticia de su fallecimiento lo sacudió, y el impacto fue tan

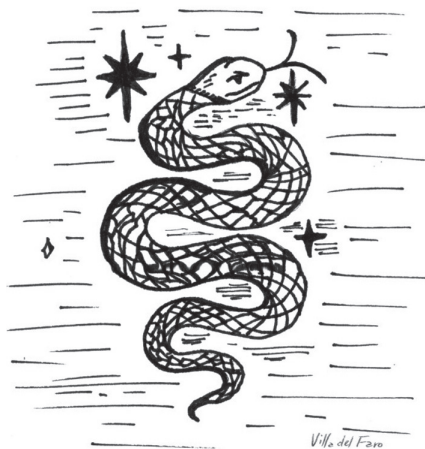
profundo, que en el momento en que le abrían el ataúd donde estaba el cadáver, que tenía ya varios días, expresó: “No volveré a servir a señor que se me pueda morir”. Y el salmo completa la enseñanza, añadiendo el matiz de la caducidad: “Los años del hombre son 70, y los más robustos, hasta 80. Mas la mayor parte son trabajo y vanidad, porque pasan pronto, y volamos”.³⁰

O bien, el extenso poema de Jorge Manrique (1440-1479) “Coplas por la muerte de mi padre”, cuyo inicio dice:

Recuerde al alma dormida
avive el seso y despierte,
contemplando cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte, tan callando;
cuán presto se va el placer,
y cómo, tras de mucho padecer,
después de acordado,
da dolor.

³⁰ Sal 90,10.

La serpiente



Este nuevo personaje, contrariamente a lo que se pensaría, no representa el mal, sino el conocimiento secreto. En diálogo con él, el Principito hace la observación: “Se está muy solo en el desierto”. A lo que astutamente replica la serpiente: “También se está muy solo entre los hombres”. Una anotación aguda para señalar que la soledad no tiene que ver únicamente con la geografía, pues resulta que aun estando en medio de los hombres se sufre la soledad, y no menos dramática, ya que donde se esperaría disfrutar de la convivencia humana se experimenta el rechazo, que es peor que la soledad misma. Y uno se pregunta: ¿es mala la soledad?

Hay quien busca expresamente momentos de soledad, pero hay quien sufre esa situación como un abandono de parte de los demás. En realidad,

no estamos hechos para vivir solos, sino en compañía. Por eso el libro del Génesis, desde el principio de la creación, poniendo en la boca de Dios las palabras anota: “No es bueno que el hombre esté solo”.³¹

Los filósofos se han dedicado a reflexionar sobre la soledad del hombre, y han aparecido muchos estudios acerca del tema, como *La soledad de un cielo sin estrellas* de Elena Montagud y *La soledad del hombre* de Erich Fromm, entre muchos otros. Es conocido el sufrimiento de soledad que viven los enfermos en los hospitales o en las casas de ancianos. Pero no se esperaría que personas en medio de las grandes ciudades la experimentaran. Y todavía más llamativo es el sentimiento de soledad en el seno de las familias, cuando las relaciones se “congelan” y se vive una convivencia fría, sin afecto, sin comunicación.

“¿Por qué hablas en enigmas?”, le pregunta el Principito. Pero en vez de contestar, la serpiente dice: “Yo los resuelvo todos”. Un personaje enigmático, sin duda. Podemos encontrar paralelos en la literatura de diferentes culturas en que la serpiente es relacionada con lo críptico, como atestigua la misma Biblia en el primero de sus libros: “La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahveh Dios había hecho”.³²

³¹ Gén 2,18.

³² Gén 3,1.

La flor



Esencial en la personalidad del Principito. La relación con su flor, que resulta ser una rosa, es algo que parece definirlo, que él lleva en el corazón, y que puede considerarse le da sentido a su vida. Es el amor idealizado.

Sabiendo que está en algún lugar del universo, le bastará mirar al cielo —*contemplar las estrellas*— para vibrar con la belleza del firmamento, majestuoso en su silencio, porque allá existe una flor especial, una rosa, que él ha cuidado, a la que ha entregado tiempo, atención y afecto. Y logró crear un vínculo especial con ella, al grado de que parece darle sentido a su vida.

Relacionando este “personaje” con la vida del autor se llegará a saber que se trata de una mujer de la que estuvo enamorado. Su nombre era Consuelo, con quien contrajo matrimonio y fue una fuente de inspiración. Así se explica la proyección en la figura del Principito de esa relación afectiva

constante con su flor. La lección radica en mostrar la diferencia entre amar y poseer.

Pero también hay otra flor, la que el Principito encuentra en el desierto, con la que dialoga: “¿Dónde están los hombres?”, le pregunta el Principito. “Nunca se sabe dónde encontrarlos. Como no tienen raíces, el viento se los lleva”, responde la flor.

¿Alusión a la superficialidad? Parece una denuncia a una humanidad sin arraigo, sin firmeza, sin consistencia. ¿Es la “modernidad líquida” de Sygmund Bauman? Una vida humana sin raíces parece algo volátil, carente de raigambre, a merced “del viento”, sin profundidad, sin ancla ni seguridad.

Pero, asimismo, como resultado del diálogo con esa flor, se da cuenta de que, en realidad, su flor no es más que una rosa ordinaria. Y siente la decepción de quien pensaba poseer un tesoro que sólo es una banalidad: “Me creía rico por la posesión de una flor”. Es lo que nos sucede cuando descubrimos que lo que considerábamos de valor extraordinario (tal vez una propiedad), no es lo que parecía, y nos sentimos decepcionados.

Recordamos el cuento de la lagartija que creyó ver a lo lejos un montón de diamantes. Se decidió a ir a investigar, y al llegar descubrió que se trataba de simples trozos de vidrio roto que brillaban con la luz del sol. Y termina con la moraleja: “¡Ay,

vecinos, si amáis alguna vez, amad de lejos, que así parecen diamantes los vidrios de botella!”³³

Las estrellas



Las estrellas forman un escenario particular. No se concibe la historia del Principito sin ellas. Parecen seres vivos —como si fueran su familia— que tienen un mensaje que comunicar. Es necesario aprender a escuchar su voz. Ya el salmista parecía haber descubierto la comunicación de los astros cuando escribió:

Los cielos cuentan la gloria de Dios,
y la obra de sus manos anuncia el firmamento;

³³ Ramón María del Valle-Inclán. “Cristales”. En: *Luces de Bohemia*.

el día al día comunica el mensaje,
y la noche a la noche transmite la noticia.³⁴

En el libro las estrellas no son nada más elementos de ornato: forman parte de un escenario universal, compuesto de seres vivos. Son consideradas seres amigables, vistas con simpatía, como se puede apreciar en el conjunto. Por ejemplo, en la observación del Principito al hombre de negocios: “Tú no eres nada útil para las estrellas”. De hecho, han sido un elemento muy presente en el imaginario popular de todos los tiempos.

En la Sagrada Escritura, en la historia de Abraham, cuando Dios le promete una descendencia numerosa: “Y sacándole afuera, le dijo: ‘Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Así será tu descendencia’”.³⁵ El salmista añade: “[sólo Yahveh] cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre”.³⁶ En el relato navideño de los magos de Oriente: “[...] vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle”,³⁷ y más adelante: “Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría”.³⁸

De la narración se desprende que esa estrella era visible únicamente para observadores atentos.

³⁴ Sal 19,2-3.

³⁵ Gén 15,5.

³⁶ Sal 147,4.

³⁷ Mt 2,2.

³⁸ Mt 2,10.

Los otros personajes no la mencionan. Los estudiosos se han preguntado qué significa esa estrella de los magos. Obviamente no se trata de un astro. Entonces, ¿qué es? La opinión que parece satisfacer es que se trata de algo que todos llevamos con nosotros, pero que no siempre atendemos: el anhelo de lo divino. Si lo escucháramos, nos guiaría al Verbo Encarnado. Es, en el fondo, la sed de Dios.

Entre los primeros mártires, mientras era conducido a Roma para ser arrojado a las fieras en el año 107, Ignacio de Antioquía, obispo, escribió a los cristianos de Éfeso:

Una estrella brilló en el cielo más allá de cada estrella y de todas las demás estrellas, y junto con el sol y la luna formaron un coro, alrededor de la estrella de Cristo que sobresalía en esplendor sobre todas.

En la tradición cristiana existía una referencia a la Virgen como estrella, como una pequeña exhortación: “Ve la Estrella, invoca a María”.³⁹

En la música folclórica el pueblo sencillo incluye con frecuencia este tema. Algunos ejemplos: “Me sentí superior a cualquiera, y un puño de estrellas te quise bajar” (“Paloma querida”), “[...] hombre y guitarra llorando, a la luz de las estrellas” (“El jinete”), “Es mi ideal la estrella alcanzar, no importa cuán lejos se pueda encontrar [...]” (“Sueño imposible”) y “Las estrellas en el cielo ya comien-

³⁹ “Respice Stellam, voca María”.

zan a brillar; en los ojos de mi niño se comienzan a apagar” (“Canción de cuna” de Miguel Aguayo).

Los poetas encuentran en las estrellas un motivo de inspiración, como lo evidencia el español León Felipe:

¿Qué me importa que se borren
los caminos de la tierra
con el agua
que ha traído la tormenta?
Mi pena es porque esas nubes tan negras
han borrado las estrellas.

Y el gran poeta de la literatura clásica, Virgilio, para expresar lo difícil que puede resultar cumplir una misión especial, extraordinaria, hace la comparación con el camino hacia las estrellas. Y ha quedado immortalizado el verso de su gran obra, *La Eneida*: “Sic itur ad astra”.⁴⁰

En relación con la esperanza, escribía Martin Luther King: “Aun las noches más desprovistas de estrellas pueden anunciar la aurora de un gran acontecimiento” (*La fuerza de amar*).

En el diálogo final con el aviador, el Principito le dice:

Si te gusta una flor que habita en una estrella, es muy dulce mirar al cielo por la noche. Todas las estrellas

⁴⁰ “Así se va a las estrellas”. *La Eneida*. Libro IX, verso 641.

han florecido [...] por la noche mirarás las estrellas; la mía es demasiado pequeña para que yo pueda señalar-te dónde se encuentra. Así es mejor; mi estrella será para ti una cualquiera de ellas. Te gustará entonces mirar todas las estrellas y todas serán tus amigas [...]. Cuando por las noches mires al cielo, al pensar que en una de aquellas estrellas estoy yo *riendo*, será para ti como si todas las estrellas *riesen*. ¡Tú sólo tendrás *estrellas que saben reír!*

Cuando te hayas consolado (siempre se consuela uno) estarás contento de haberme conocido. Serás mi amigo, y tendrás ganas de reír conmigo. Algunas veces abrirás tu ventana sólo por placer y tus amigos quedarán asombrados de verte reír mirando al cielo. Tú les explicarás: “*las estrellas me hacen reír siempre*” [...]. Será como si en vez de estrellas, te hubiese dado multitud de *cascabelitos que saben reír* [...].

De las páginas más inspiradas del libro, en que el universo mismo, en las estrellas, brilla y *sonríe*. Elementos de la naturaleza que cobran vida y nos invitan a celebrar. Obviamente, es necesario sintonizar con ese universo, hablar su lenguaje, que es el de la amistad. La mirada del científico se quedará en la superficie de los números, calculando las distancias, las estadísticas, pero nunca llegará al gozo de la contemplación luminosa y llena de humor de las estrellas. No podrá captar la *música de su sonrisa* ni entender su mensaje. Requeriría cambiar de mente y corazón.

El universo, sede de las estrellas, es un escenario inmenso, todavía por seguir conociendo de parte nuestra, y reconocemos grandes progresos que se han logrado en la astronomía, gracias al esfuerzo de los estudiosos.

Las palabras de Lorenz y Graney me parecen dignas de consideración:

¿Qué nos dicen las estrellas? Nos revelan cómo actúa la creación de Dios. No gobiernan nuestras vidas; más bien, nos llenan de asombro, maravilla y gratitud hacia el Dios que nos creó y que, a través de la Encarnación, quiso caminar entre nosotros. Los magos tenían razón: las estrellas no deben buscarse por su resplandor, sino como guías que nos conducen, al mismo tiempo, hacia la sabiduría y el misterio.⁴¹

⁴¹ Cfr. Robert Lorenz y Christopher M. Graney. “Las estrellas son nuestra guía hacia la sabiduría y el misterio”. En: *La Civiltà Cattolica*, enero de 2025.

El desierto



Uno de los temas preferidos del autor. Es la escenografía en la que desarrolla su narración. La primera reacción de quien llega a este lugar es que se encuentra ante un espacio de desolación, donde no hay vida ni esperanza. Es un ámbito de tristeza y muerte, un sitio de prueba, del que uno siente la urgencia de escapar. La sed puede ser mortal y desesperante.

Pero el verdadero desierto es otro más profundo: “El desierto más grande de la tierra es el corazón desierto” (García Márquez). O como dice el Papa Francisco: “El desierto, en realidad, es la tierra árida de nuestro corazón, que tiene sed de un agua viva y límpida, el agua de su Palabra”.⁴²

⁴² Homilía en su visita a Mongolia, septiembre de 2023.

Existe otra dimensión: un espacio, “patria de viento y estrellas”, como le llama Saint-Exupéry, que invita a la contemplación, a descubrir la riqueza del silencio. Enfrentado a él, el hombre aprende a conocerse a sí mismo. Es un lugar especial, no necesariamente vacío, donde el hombre se enfrenta a sí mismo y aprende a conocerse.

De hecho, en la historia de Israel el desierto por el que tuvieron que atravesar los israelitas, huyendo de Egipto, buscando la tierra prometida, es recordado como el periodo ideal en que el pueblo aprendió a conocer a su Dios. Se vio sometido a muchas pruebas en el gran esfuerzo de atravesarlo. Inclusive murmuró contra Dios y contra Moisés. Pero lo duro de la prueba lo preparó para conquistar Canaán, la tierra prometida.

Todavía, a lo largo de los siglos, hombres y mujeres siguen buscando la experiencia de desierto, tratando de encontrar un espacio de silencio y paz para descender al propio corazón y tomar distancia de la cotidianidad, y así ver con otros ojos la realidad que enfrentamos. El monacato, en su refugio de desierto, fue un movimiento que trató de contrarrestar la corriente mundana de la superficialidad y la vida vana que arrastraba a comunidades enteras, como sigue sucediendo hoy.

En relación con el tema se nos presenta la profecía de Oseas: “Por eso yo la voy a seducir: la llevaré al desierto y hablaré a su corazón”,⁴³ que nos

⁴³ Oseas 2,16.

recuerda el intento del Señor por atraer a la esposa infiel —su pueblo rebelde— llevándola precisamente al desierto, y ahí hablarle al corazón.

El guardagujas



Se señala otro grupo de personas: las que viajan sin saber a dónde van, y no porque no estaban contentas con su situación:

—Nunca se siente uno contento donde está— anota el guardagujas.

—Únicamente los niños saben lo que buscan— remata el Principito.

De nuevo, la alusión-crítica a las “personas mayores”, sin mencionarlas, pero con la frase de contraste: “únicamente los niños”, implícitamente se señala la incapacidad de los mayores para saber sencillamente el destino de su viaje. Los hombres

se pueden clasificar en dos tipos, considerando su recorrido por la vida: el vagabundo y el peregrino. La diferencia entre ambos es que el vagabundo no sabe a dónde va, y el peregrino tiene una meta que alcanzar al final de su camino. Esta distinción nos ayuda a encontrar una razón más del sentido de la misión del educador: colaborar en la transformación de las personas, de vagabundos que se conviertan en peregrinos.

El zorro



El diálogo con este personaje es de lo más rico de la obra. El zorro representa al ser humano en cuanto ha sido moldeado por la cultura y el afecto:

—¡Por favor, doméstícame!— le dice el zorro.
—Domesticar significa crear vínculos. Una cosa ya olvidada.

Parece una referencia al anonimato que se vive hoy en las diversas comunidades humanas, por ejemplo, en nuestras ciudades, particularmente en las grandes urbes. ¿Una cuestión cultural? No sólo no se crean vínculos, sino que se rehúye la convivencia. Y el resultado es la soledad o el aislamiento.

Las circunstancias son conocidas: las distancias, la aglomeración, el ambiente agresivo, la competitividad y la prisa, más la inseguridad que se sufre. Todo esto provoca un estilo de vida inhumano, en términos precisamente de crear vínculos. No solamente no se crean, sino que se evitan. Y no nada más en las grandes urbes modernas, sino en familias y diferentes comunidades humanas, afectadas por el estilo de vida moderno, fuertemente influenciado por el anonimato y el egoísmo.

Pero cuando se logra crear una relación humana auténtica —“si tú me domesticas”— se goza la honda satisfacción derivada de la amistad, donde se toca y enriquece lo más profundo de nosotros mismos, como se puede leer detrás de las palabras: “Tú serás para mí único en el mundo, como yo lo seré para ti”.

Todos tenemos la experiencia de la transformación interior que por la relación humana de amor y amistad nace en el corazón —la alegría de “ser domesticado”—, como lo expresa la frase “mi vida estará llena de sol”, que lo capacita a uno inclusive para distinguir “el rumor de unos pasos diferentes a todos los demás”. ¿Quién no aprecia lo enorme-

mente enriquecedor de la vida de personas “llenas de sol”, frente a existencias sombrías y tristes, como es la vida en la soledad sin amor? En algún país, inclusive, de alguien alegre, social, de buen humor, se dice que es “una persona solar”.⁴⁴

“El trigo me hará recordarte. Me gustaría mucho oír el rumor del viento entre los trigos [...]”. El trigo y el viento se hacen sacramentales, es decir, se convierten en signos de vida para el zorro. ¡Cuántos elementos hay en nuestra vida que forman nuestro entorno, que nos hablan de personas, que reavivan en nuestro corazón experiencias de vida!

No siempre somos conscientes y, sin embargo, hay objetos que utilizamos continuamente, que nos hacen presentes a amigos, compañeros y familiares cuyo recuerdo nos alienta. Puede tratarse de una canción, un regalo de navidad, un viaje, una fotografía, objetos o lugares, que se convierten en “sacramentales”, porque son signos de vida. Hay sitios en que hemos estado, que, en su momento, fueron espacios donde vivimos experiencias gozosas. Al volver a visitarlos se renueva aquella experiencia de vida y plenitud.

A la negativa del Principito de domesticar al zorro, con el pretexto de no tener tiempo, completa éste su pensamiento:

⁴⁴ En Italia, “una persona solare”.

Sólo se conocen bien las cosas, si las domesticamos. Los hombres no tienen tiempo de conocer nada. Lo compran todo hecho en las tiendas. Y como no hay tiendas donde vendan amigos, los hombres no tienen ya amigos.

Frases que resultan denuncias, acusaciones contra una vida superficial, sin compromiso en las relaciones humanas, en las que priva la ceguera de querer arreglar todo con dinero, muestra de una ignorancia increíble de lo que son las relaciones humanas, con una actitud egoísta, que busca siempre la propia ventaja. El resultado es dramático: “Los hombres no tienen ya amigos”.

El zorro sigue dando sus lecciones: “Debes tener mucha paciencia”. “Los ritos son necesarios”. La amistad es un arte, y tiene exigencias y condiciones. Por eso, los que han estudiado el tema, se han esforzado en dilucidar el arte de la amistad. A lo largo de los siglos, pensadores de diferentes disciplinas han dado su aportación.

Completaríamos una lista muy larga si enumeráramos autores y obras sobre el tema. Desde Cicerón, que escribió *De Amicitia*; Matteo Ricci, *De la amistad*; Erich Fromm, su famoso libro *El arte de amar*, y tantos otros. Todos, con su enfoque y estilo particular, enaltecen el valor de la amistad y el arte de saber vivirla; señalan sus exigencias, para realmente dar y recibir sus grandes satisfacciones.

En el discurso de despedida de los suyos, Jesús les dice:

Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.⁴⁵ Y añade: Ya no los llamo “siervos”, porque el siervo nunca sabe lo que suele hacer su amo. A ustedes los he llamado “amigos”, porque todo lo que he oído a mi Padre se lo he dado a conocer.⁴⁶

Desde estos textos se comprende que la vida de fe consiste, en realidad, en una amistad con el Señor.

Convencido, finalmente, el Principito fue domesticando al zorro. Cuando se acercaba el día de su partida, el zorro dijo:

—¡Ah, cómo voy a llorar!

—Tuya es la culpa —le dijo el Principito—. Yo no quería hacerte mal, pero tú has querido que te domesticara.

—Ciertamente— dijo el zorro.

—¡Y vas a llorar!

—¡Seguro!

—¡No has salido ganando mucho!

—Sí he ganado —dijo el zorro—, he ganado a causa del color del trigo.

Y luego añadió:

—Vete a ver las rosas; comprenderás que la tuya es única en el mundo.

El Principito se fue a ver las rosas, a las que dijo:

—Ustedes no son nada, ni en nada se parecen a mi rosa. Nadie las ha domesticado, ni ustedes han domesticado a nadie; son como el zorro era antes, que en

⁴⁵ Jn 15,13.

⁴⁶ Jn 15,15.

nada se diferenciaba de otros cien mil zorros. Pero yo le hice mi amigo y ahora es único en el mundo.

Y continúa diciendo a las rosas:

—Son muy bellas, pero están vacías y nadie daría la vida por ustedes. Cualquiera que la vea podrá creer indudablemente que mi rosa es igual a cualquiera de ustedes. Pero ella se sabe más importante que todas, porque yo la he regado, porque ha sido a ella a la que abrigué con el fanal, porque yo le maté los gusanos y fue a ella a la que yo he oído quejarse, alabarse y algunas veces hasta callarse. Porque es mi rosa, en fin.

El zorro se despide. Pero antes, le dijo al Principito:

—He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: sólo con el corazón se puede ver bien: lo esencial es invisible para los ojos. Lo que hace más importante a tu rosa es el tiempo que has perdido con ella. Los hombres han olvidado esta verdad, pero tú no debes olvidarla. Cada uno es responsable para siempre de aquello que ha domesticado. Tú eres responsable de tu rosa [...].

Ricas lecciones las que enseña el zorro: “He ganado a causa del color del trigo”. Cosas aparentemente banales cobran valor cuando se las relaciona con un amigo. Una historia conmovedora de amor y amistad. El Principito regresa a su planeta, pero el zorro queda transformado:

•Aprender a ver con el corazón, para descubrir lo esencial. Por algo dijo Jesús: “Dichosos los lim-

prios de corazón, porque ellos verán a Dios”.⁴⁷ ¡Y cuántas cosas podríamos ver realmente —sobre todo las esenciales— si tuviéramos el corazón preparado! Y como sabemos, el corazón se prepara en el silencio, en la oración, en la escucha del Espíritu y de los demás, que nos hablan de tantas formas.

•La lección sobre la rosa: lo que la hace única no es precisamente su belleza, sino el cuidado que el Principito le había dedicado. La ha domesticado, y ahora es una rosa única, no hay otra como ella. Todos somos responsables de la rosa que hemos domesticado, de todo aquello a lo que hemos dedicado parte de nosotros mismos: tiempo, atención, afecto. Desde luego, no sólo a las cosas, sino, más que nada, a las personas.

•En el caso de la educación, ¿no es una condición de la educación auténtica mostrar al educando una entrega y atención personal, afectuosa y cercana, sobre la cual construir los valores? La lección número uno en la educación es la del testimonio.

⁴⁷ Mt 5,8.

Diálogo entre el aviador y el Principito



Cerca del final del relato, atormentados por la sed, el aviador dialoga con el Principito:

—Nos vamos a morir de sed

—Incluso si uno va a morir —replica el niño— es bueno haber tenido un amigo. Yo estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro.

Hasta el final está presente la insistencia en la amistad. Mientras en busca de algún pozo, dice el Principito:

—El agua puede ser buena también para el corazón.

Y después de un silencio, me dijo:

—Las estrellas son hermosas, por una flor que no se ve. El desierto es hermoso— añadió.

Era verdad; siempre me ha gustado el desierto. Sentado en una duna de arena, nada se ve, nada se oye y, sin embargo, hay algo que resplandece en el silencio [...].

Y parar captar ese resplandor, es necesario entrar a la atmósfera del silencio.

—Lo que más embellece al desierto —dijo el Principito— es el pozo que oculta en algún sitio.

—Sí —le dije al Principito— ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que las hace verdaderamente hermosos es invisible.

El aviador caminaba, llevando al Principito en sus brazos, pues se había dormido. Y pensaba: “Lo que más me emociona de este Principito dormido, es su fidelidad a una flor, es la imagen de la rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme [...]”. ¡Cómo un elemento que puede ser tan ordinario, como la flor, con su significado profundo de amor y amistad, llega a ser parte de la identidad de un ser humano, al grado de “resplandecer en él como una lámpara”!

Cuando da de beber al Principito del agua del pozo que finalmente encontraron, escribe:

Aquella agua era tan dulce como una fiesta, era algo más que un alimento. Había nacido del caminar bajo las estrellas, del canto de la garrucha, del esfuerzo de mis brazos. Era como un regalo para el corazón.

El Principito tenía sed precisamente del agua de ese pozo, un agua que en verdad quitara la sed. ¿Un paralelo con aquella mujer de Samaría que quería beber “el agua viva” de la que hablaba Jesús?:

—Los hombres de tu tierra —dijo el Principito— cultivan cinco mil rosas en un jardín y no encuentran lo que buscan.

—No lo encuentran nunca— le respondí.

—Y sin embargo, lo que buscan podrían encontrarlo en una sola rosa o en un poco de agua. Pero los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón.

A la pregunta que se hacía el aviador de si toda esa historia de serpientes, de citas y de estrellas no habría sido sino un sueño, el Principito responde:

—Lo más importante nunca se ve. Es lo mismo que la flor. Si te gusta una flor que habita en una estrella, es muy dulce mirar al cielo por la noche. Todas las estrellas han florecido.

—Las estrellas no son la misma cosa para todos. Para los que viajan, las estrellas son guías; para otros sólo son pequeñas luceitas. Para los sabios las estrellas son problemas y para mis hombres de negocios eran oro. Pero las estrellas no dicen nada. Tú tendrás estrellas como nadie ha tenido.

—Cuando te hayas consolado, estarás contento de haberme conocido. Serás mi amigo y tendrás ganas de reír conmigo.

En la filosofía de esta obra, las estrellas son un elemento de referencia del cosmos, parecen representar al firmamento, y podemos leer en ellas un reflejo de nuestra conducta: si brillan o están apagadas, si sonríen o han dejado de comunicarse con nosotros. Nos hacen sentir que el universo está vivo, y nuestra conducta parece tener una repercusión universal.

Claramente el Principito está decidido a regresar a su planeta, porque ahí lo espera una rosa, su flor. Al poco tiempo de haberla abandonado, confesó, con un aire de tristeza: “No supe amar a mi flor. Era demasiado joven para saber amarla”. Recordamos las palabras de la canción “No tengo edad para amarte”.⁴⁸ Lo reconoce, y tendrá tiempo para valorarla, y se preparará a regresar.

Después de seis años transcurridos desde que sucedió esta historia, el autor cuenta:

Me gusta por la noche escuchar a las estrellas que sue-
nan como quinientos millones de cascabeles
[...]

Para ustedes que aman al Principito, lo mismo que para mí, nada en el universo habrá cambiado si en cualquier parte, quién sabe dónde, un cordero desconocido se ha comido o no una rosa. Pero miren al cielo y pregúntenle:

⁴⁸ Con el título original en italiano “Non ho l’età” fue interpretada por la cantante Gigliola Cinquetti en la década de los 60.

el cordero ¿se ha comido la flor? Y verán cómo todo cambia. ¡Ninguna persona mayor podrá llegar a comprender jamás que esto sea verdaderamente importante!

Hay todavía un valor que me parece presente, como una música de fondo, a lo largo del relato, pero que no se menciona explícitamente y, sin embargo, “se respira”. Es el valor de la libertad. Los espacios abiertos, los escenarios donde la mirada se pierde, son una ambientación esencial de este relato. Es su “atmósfera”, su “clima”.

No se concibe esta historia en un espacio cerrado. Se desarrolla bajo un firmamento poblado de estrellas, en un desierto infinito, volando sobre la Tierra. Los personajes se mueven sin trabas, se ven atardeceres y amaneceres sin límite. Un valor que no se menciona, pero que se siente. Los personajes viven libres, y pertenecen a ese ambiente, porque ahí nacieron, y nos invitan a vivir a su estilo, como la canción:

Nacer libre, tan libre como sopla el viento...
Nacer libre para seguir tu corazón.
Vive libre y la belleza te rodea...
Cada vez que tú miras una estrella.
Permanece libre donde ningún muro te divida.
Permanece libre y la vida es digna de vivirse...⁴⁹

⁴⁹ “Born free”, de John Barry.

CONCLUSIÓN



Al terminar la lectura del libro, si nos hemos detenido a reflexionar y tratar de desentrañar sus símbolos, nos habrá sorprendido tal vez haber encontrado un pozo donde parecía haber sólo desierto: la profundidad de un mensaje oculto, rico de luz e inspiración.

Ojalá que su lectura nos haya inspirado en el proceso de enriquecer nuestra filosofía de la vida, y que una nueva motivación anime nuestros pasos en la misión de hacernos más humanos, para recrear un mundo donde se pueda respirar la fraternidad. No siempre somos conscientes del efecto que produce nuestra conducta en la vida de nuestros contemporáneos, y es necesario tener muy presente que nuestra actuación no pasa sin efec-

to en nuestros semejantes. Aun sin darnos cuenta siempre dejamos una huella, como dice Serra:

Hay huellas que dejamos sin darnos cuenta: una palabra que alienta, una sonrisa que reconforta, un gesto pequeño que cambia el día de alguien. Y aunque a veces no lo sepamos, eso que sembramos en otros también florece dentro de nosotros. No hace falta hacer grandes cosas para ser significativo: basta con ser auténtico, presente y humano. Porque la verdadera trascendencia no está en ser recordado por muchos, sino en haber tocado el alma de algunos, aunque sea una sola vez. Lo que das, sin esperar nada, es lo que más habla de ti, y eso también te transforma.⁵⁰

En distintos momentos del relato se alude a esa mirada misteriosa que es capaz de penetrar la realidad invisible. “Una mirada del corazón”: sólo se ve bien con el corazón. ¿A qué refiere? Parece una capacidad fruto de un “corazón limpio”, que inclusive alcanza a ver a Dios, según la bienaventuranza: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.⁵¹

Podemos descubrir en nuestro entorno a esas personas de corazón limpio, de una interioridad pacificada, serena, ordenada, que se refleja en una conducta afable, respetuosa, atenta, que inspira

⁵⁰ Francisco Serra Estellés. *La huella que dejamos*. Ediciones EGA, 1996.

⁵¹ Mt 5,8.

confianza. Este tipo de personas pueden captar situaciones y realidades que escapan a la mayoría. Por eso, pueden ver lo invisible.

Sólo el corazón enamorado podrá ver siempre la luz en el cielo estrellado, y escuchará la música de las estrellas. Pero si se marchita el amor, se apagará la luz del cielo y callará la música del firmamento.

Como palabras de conclusión, el final de *Tierra de hombres*: “Sólo el espíritu, si sopla sobre la arcilla, es capaz de crear al hombre”.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hanna (2021). *La condición humana*. Booked Paid.
- Bauman, Sygmund (2000). *Modernidad líquida*. Apple Books.
- Coreth, Emerich SJ (1961). *Metafísica*. Tirolia, Innsbruck.
- Del Valle-Inclán, Ramón María (1924). “Cristales”. En: *Luces de Bohemia*. Apple Books.
- Fromm, Erich (1992). *La soledad del hombre*. Monte Ávila Editores.
- (1956). *El arte de amar*. Apple Books.
- Frankl, Víctor (1946). *El hombre en busca del sentido*. Herder.
- (1980). *Ante el vacío existencial*. Herder. Barcelona, 1980.
- Keller, Helen (1973). *Historia de mi vida*. Editores Asociados. México.
- Lorenz, Robert y Graney, Christopher M. (enero de 2025). “Las estrellas son nuestra guía hacia la sabiduría y el misterio”. En: *La Civiltà Cattolica*.
- Montagud, Elena (2025). *La soledad de un cielo sin estrellas*. Apple Books.
- Murphy O’Connor, Jerome (1978). *Becoming human together*. Good News Studies.

- Quesnel, Michel y Autrand Michel (1939). “Prefacio general”. En: *Obras completas de A. Saint-Exupéry*. Bibliotheque de la Pleiade.
- Romeo, Enzo (2016). “El ‘Novísimo Testamento’ de Saint-Exupéry”. En: *El Principito comentado con la Biblia*. Buena Prensa. México.
- Saint-Exupéry, Antoine. “Cartas a Nelly de Vogüé”. En: Webster (2000). *Saint-Exupéry, vida y muerte del Principito*. Édition du Felin. París.
- ____ (1960). *Terre des hommes*. Lausana, Suiza.
- Scheifler Amézaga, Xavier S J (1995). *El hombre en busca del sentido de la vida*. Trillas.
- Serra Estellés, Francisco (1996). *La huella que dejamos*. Ediciones EGA.
- Vaticano II. Concilio. Constitución “*Gaudium et Spes*”, sobre la Iglesia en el mundo moderno.
- Virgilio. *La Eneida*.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
El autor	13
<i>El hombre, enfrentado a su misterio</i>	19
<i>Origen del libro</i>	27
ENCUENTROS.....	29
<i>El rey</i>	29
<i>El vanidoso</i>	32
<i>El bebedor</i>	34
<i>El hombre de negocios</i>	35
<i>El farolero</i>	37
<i>El escritor</i>	41
<i>La serpiente</i>	43
<i>La flor</i>	45
<i>Las estrellas</i>	47
<i>El desierto</i>	53
<i>El guardaguas</i>	55
<i>El zorro</i>	56
<i>Diálogo entre el aviador y el Principito</i>	63
CONCLUSIÓN.....	69

BIBLIOGRAFÍA..... 73

La segunda edición de *El sonreír de las estrellas. Una filosofía de la vida: El Principito*, libro de Mario López Barrio, SJ, fue impresa en abril de 2026. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón.



